

# Una interpelación implacable

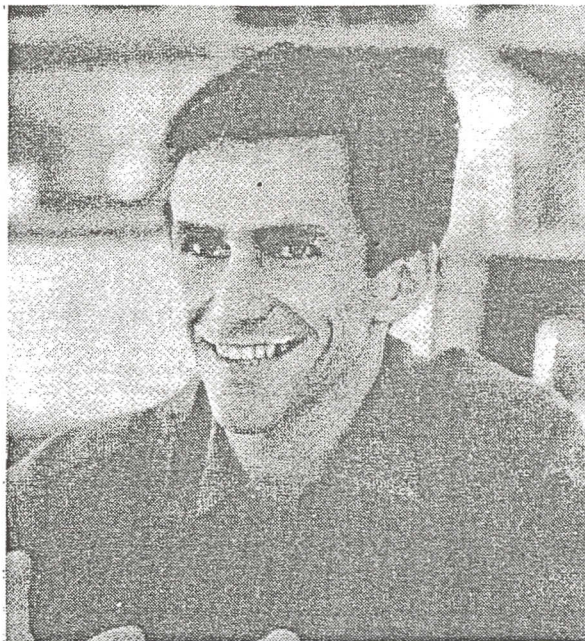
Cuando Alfonso llegó a Málaga, creo que en el otoño del 61, su presencia fue pronto noticia. No sólo entre los pocos que le conocíamos a través de sus colaboraciones en *El Ciervo* —un estilo vivo y directo, un talante radical— sino entre otros muchos que sintieron enseguida el atractivo de su encanto personal, la fuerza de su autenticidad, la claridad de su testimonio. La casa de Alfonso y María Luisa se convirtió pronto en un ámbito entrañable y la amistad que los dos ofrecían era un regalo tras cuya experiencia nuestra vida ya no sería —ya no podía ser— la misma de antes.

No obstante, a medida que pasaban los meses, de modo imperceptible, aquella presencia, se fue tornando en algo más que una noticia estimulante y cordial. Porque Alfonso y María Luisa —lo comprendíamos muy bien— no sólo habían elegido libremente la pobreza. Además —y sobra todo— habían optado decididamente por los pobres. Y si lo primero, pese al escándalo que inevitablemente provocaba, era en apariencia asumible sin mayores problemas, lo segundo suponía, bajo la sólida dictadura de los años 60, riesgos muy concretos e inmediatos. La persecución no podía hacerse esperar y ciertamente no se hizo esperar. Comenzaron las denuncias, los interrogatorios, los registros y las dificultades de toda índole. Los deslumbrados amigos de la primera hora pudimos comprobar entonces que la aventura de los Comín era —seguramente a su pesar— una interpelación implacable, una exigencia de compromiso.

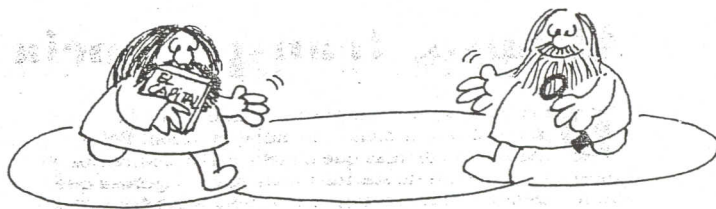
Algunos se fueron distanciando de aquella casa a cuya puerta difícilmente se accedía sin ser anotado por los ocupantes de un vehículo detenido en sus cercanías. Otros se apresuraron a poner en claro que su amistad se había detenido en el umbral de la política. Y muchos, seguramente los más, no dudaron en pagar el modesto precio de una ficha en los archivos de la Brigada Social con tal de seguir en cierto modo incorporados a una bella y noble peripecia.

No duró mucho. Un buen día Alfonso y los suyos se marcharon. El trabajo que le había traído estaba casi concluido. El cerco de los que le malquerían, de los que no podían sufrir la hiriente pureza de su palabra y de su vida, se iba estrechando. Y su casa del Camino de la Misericordia — ¡qué hermoso nombre para la calle de Alfonso! — se quedó vacía. El grupo de obreros, curas, intelectuales, profesionales, hombres y mujeres que en aquel piso habían trabajado, reflexionado, conspirado — ¿no era irremediablemente conspirar reunirse a pensar en libertad? — quedó aparentemente roto. Cada cual siguió su trayectoria. No estábamos todos, ni mucho menos, de acuerdo en todo. Pero algo nos unía y ahora, cuando Alfonso se ha ido definitivamente, lo hemos visto como a plena luz. Eramos —somos— sus amigos, los amigos de Alfonso Carlos Comín, uno de los hombres más limpios y fecundos que se cruzarán en nuestra vida.

JOSE JIMENEZ VILLAREJO



Al regreso de Málaga (Foto A. Vidal)



En la muerte de A.C. Comín,  
NANUBO